

las ciencias del espíritu, de la materia y de la vida

• JUAN BUSSOLINI S. J.

Conferencia pronunciada en la Universidad del Salvador, el día 19 de febrero, con motivo de la apertura del Curso Académico 1963.

AL comentar el libro "*Los esquemas y la Trabazón del Universo*", el crítico de la Revista "Ciencia y Fe" generaliza a todo estudio sobre las concepciones del universo, una frase que el autor dedica a la obra de Copérnico, a saber, que para entenderlo cabalmente, hay que ser científico, filósofo y teólogo. El crítico aventura una explicación acertada: toda concepción científica del universo necesariamente coincide con una filosofía, no por lo que es ella en sí misma, sino por el objeto que estudia, vale decir, el mundo en el cual se juega el

existir humano, y que por lo tanto está solicitando en el científico una actitud de *hombre* ante sus problemas básicos; actitud subconscientemente dirigida por una filosofía, cuando no por una mentalidad religiosa que, en la mayoría de los casos, corona la explicación inicial de las realidades del universo cuando estudia su estructura elemental componente microcósmica. Está en lo justo, pues, aquel que piensa que una interacción mutua correlaciona en todas sus manifestaciones el andar del mundo y de los hombres. Por eso, cuando desde esta alta cá-

tedra, titulamos nuestra disertación "las ciencias del espíritu, de la materia y de la vida" no hacemos más que enunciar una tesis válida para cualquier mente universitaria que, valorándose, busque una explicación sabia y de contenido auténticamente humano y exhaustivo de la verdad.

I

No es el momento éste de reseñar en particular las disciplinas que hoy se estiman abarcar la totalidad del saber humano, no sea que se nos tilde de parciales. Nos interesa, más bien el quehacer general del científico cuando, al indagar sobre los fenómenos espectaculares de la naturaleza toda, trata de develar las leyes que los reglan en particular. Nos interesa del sabio escrutador de las cosas y de los hombres: el artista.

Su obra: las teorías científicas. Estas son creaciones abstractas, no siempre lógicas inicialmente, pero sí en su faz deductiva, cuya elaboración, usando por lo general del útil matemático, da lugar a conclusiones que, o más o menos, se ajustan al andar de los fenómenos conocidos de la naturaleza, o que como formulación empírica deben luego verificarse. Para obtenerlas la historia nos recuerda cuántas veces el sabio, o ha debido alejarse del sentido común, intuyendo a modo del genio, o violentándose, desechando concepciones rutinarias, con el consiguiente peligro de ser tenido por anormal.

Las teorías científicas, pues, de cual-

quier disciplina que se trate, sean las referentes a la materia como a la vida, pretenden sólo que de ellas se deduzcan consecuencias que se amolden a los hechos naturales. Ellas no intentan dar razón de los fenómenos en sí; se limitan sólo a describir y a afirmar cómo parecerían marchar las cosas. La labor del sabio, en su más que modesto proceder, no especula sobre la naturaleza íntima de lo que es objeto de su especulación; bástale saber que puede formular la ley que rige un determinado factor cuantitativo o cualitativo, desconociendo aquella. El "hypotheses non fingo" de Newton, dice referencia al hecho de que si bien ha llegado al conocimiento definitivo de la ley que rige los fenómenos —en este caso gravitatorios— no arbitra con todo, como científico, modos de ver sobre la naturaleza misma de la gravedad. Es que para adentrarse en la explicación cabal de los hechos, las más de las veces el científico tendría que rebasar problemas que, más que a su técnica particularizada, interesan a los planteos generales de la filosofía, cuando no a los de la teología.

Puntualicemos algo más lo dicho, no sea que alguien se sienta malogrado en su misión científica.

Cuando hablamos de teorías científicas podría creerse que limitamos el trabajo del investigador de la materia y de la vida al simple ordenamiento y catalogación de los hechos naturales. Urge distinguir en el proceso científico entre aquellos cuyo espíritu de observación y experiencia les permite descubrir y analizar un gran número de fenómenos, y

aquellos para quienes la elaboración y uso de las teorías les posibilita encuadrar y armonizar, en un sistema coherente, los hechos ya conocidos, para prever y guiar la experimentación hacia la búsqueda de nuevos derroteros. Y si bien aquellos en su labor diaria insumen, como decía Edison de sí mismo, el 90 por ciento de transpiración corporal, la realidad es que de los esfuerzos conjugados de estos experimentalistas y los teóricos, aflora el conjunto de conocimientos que constituyen sus disciplinas respectivas.

Así, pues, cuando exigimos que el observador de la naturaleza sea preciso, objetivo e impersonal en la valoración de los hechos, no somos de aquellos que opinan que la labor científica deba basarse sólo en la evidencia derivada de la observación. El científico no es sólo una cámara que registra los acontecimientos como un simple y ciego computador electrónico. Siempre los ha habido, y es necesario que existan, los ladrilleros o peones de las ciencias; ellos coleccionan los hechos, observan y miden; los agrupan y catalogan; simplifican, verifican y comprueban las hipótesis y teorías. Su obra es meritoria y desde todo punto de vista necesaria, pero... no es sabia, mientras no intenten descubrir la estructura inteligible latente en los fenómenos.

El conocimiento científico como tal, ni se asienta en una vulgar, aunque conveniente y económica, descripción de los válida en el rango conceptual; debe ir más allá: debe constituirse en usurpador intelectual directo de la correlación existente en la estructura racional de los hechos. Teorías científicas así elaboradas son las que, por su coherencia e integridad, por su belleza y armonía, haciéndo-

nos más inteligible el flujo de los fenómenos, nos acercan cada vez más a la verdad. La ciencia así entendida es entonces una auténtica creación humana y en consecuencia una verdadera obra de arte.

II

Por eso, como artista, el sabio, en la actitud íntima del trabajo científico y de sus elucubraciones teóricas, no puede menos de reconocer, y a su vez intuir en ellas, el contenido teleológico que le ofrecen las cosas. El investigador que nos presente, como el técnico, sólo el qué de las cosas y su existencia, no puede decir que satisfaga el ansia del hombre por explicar el mundo que nos rodea; sólo una actitud metafísica que se oriente a la búsqueda del por qué de los acontecimientos puede tranquilizar la inquietud de su espíritu.

Y decimos esto, porque sólo hay ciencia verdadera de lo universal. Cualquier conocimiento, aún el más práctico, para que sea sólido y fecundo, debe hundir sus raíces en la universalidad; de fundamentar objetivamente nuestra certeza de los hechos sólo en las causas próximas que los motivan, se ve privada toda actividad científica de la profundidad y de la fecundidad creadora que es la característica de cualquier disciplina del saber humano. Precisamente porque los conceptos, las nociones y las leyes de que nos valemos para pensar incluyen lo particular en lo general es que decimos que pensamos científicamente. La prescindencia de ver lo general, trasnochada posición cientista que teme cualquier extra-

polación sensorial, acarrea en las ciencias un exceso de especialización; especialización que de ser desmedida, al traer aparejada una disgregación unilateral absurda, rebaja la verdadera ciencia al nivel pragmático de la mera técnica como a un simple engranaje sin iniciativa. A esa especialización desmedida se refiere Marañón cuando dice que es "una de las plagas de la vida moderna, la muchedumbre de incapaces o de bárbaros que dominan las técnicas y adquieren por ello una peligrosa responsabilidad social. El conductor de camiones es, con frecuencia, el prototipo de este peligrosísimo encumbramiento de la incultura gracias a la técnica" (La Medicina y nuestro tiempo - Marañón). Y porque sólo una formación filosófica universalista es el remedio a una tal atomización, se ha estimado que también en las aulas estrictamente científicas sea necesaria, como temática de sus programas, una cátedra de filosofía tal que unifique, dé solidez y, por sobre todo, fundamente y epilogue armónica y arquitectónicamente los conocimientos que el estudiante adquiere en su formación intelectual. No es un secreto para ninguno de mis colegas profesionales que no podemos dejar de acusar los aldabonazos que da en nuestro espíritu la filosofía, o sea el conocimiento de las causas últimas de las cosas, cuando aspiramos a que nuestros conocimientos sean realmente completos. De esto quizás puedan dudar inicialmente los estudiantes hasta tanto se liberen de la visión homeopática del mundo que les inocularon en determinadas aulas preuniversitarias. Nadie entre aquí que no sepa Geometría, se leía en el tímpano de la

Academia; nadie entre aquí que no sepa Filosofía, debería rezar el de las Ciencias.

Si la filosofía, pues, completa el cometido de las ciencias de la materia y de la vida, precisamente porque estas plantean enigmas que rebasan la técnica particular de sus especialidades, colindando hasta con los menesteres de la metafísica, justo es pensar que la solución que dé el científico a sus problemas sólo será válida cuando ella se vea respaldada por un sistema filosófico de verdades que armonicen con las interpretaciones de su mundo físico. Es verdad que hoy, lo mismo que en épocas pretéritas, existen hombres de ciencia trabajadores; también, y más que entonces, reconocemos que estos intelectuales se dirigen esperanzados hacia cualquier resplandor que signifique una solución al problema que los apasiona; la especialización empero, como dijimos, si bien acrecienta el desarrollo industrial, amengua, sin lugar a dudas, el nivel de la inteligencia, puesto que obliga al individuo a enajenarse de su propio genio. Es innecesario insistir, además, en que el ritmo de la vida actual es el menos propicio para cualquier clase de actividades científicas: finalmente, y sin poner en duda que el hombre de ciencia de hoy es tan excelente persona como el de ayer, debemos reconocer que el intelectual tiene mucho menos de filósofo que el de hace varias centurias, y que los sorprendentes progresos técnicos —que no son precisamente el fruto de talentos especulativos sino más bien de cerebros prácticos— no autorizan a vilipendiar personas, sistemas e instituciones, máxime cuando la ciencia que fué y seguirá siendo ciencia, no está aún ca-

pacitada para discernir si los nuevos puntos de vista en la explicación de la fenomenología de las cosas son mejores o peores que los de los antiguos. Las generaciones intelectuales futuras habrán de lamentar que el siglo XX, el apellidado por sí mismo de las luces, desestimara fundamentalmente el acervo cultural filosófico que le legaran sus predecesores, y que no reconocieran las etapas que posibilitaron su formulación para el progreso moderno. La tendencia actual de los hombres de separarse de la filosofía como de un ideario de épocas superadas agrava, sin lugar a dudas, cada día más, el caos científico provocado consciente o inconscientemente por la revolucionaria imagen del universo gestada desde el momento en que iconoclasticamente se desaristotelizó el campo del saber. Esperamos que las nuevas generaciones vuelvan a la verdadera senda, la que nuevamente será alcanzada, no lo dudamos, cuando tanto el empírico científico como el filósofo puro se den cuenta de que mientras el primero dedica toda su actividad al estudio de las propiedades de la materia y de la vida, auscultando sus causas próximas, el segundo, al examinar las causas últimas de los fenómenos, ahonda más profundamente porque busca el elemento creador, razón de su existencia. Ni empirismo puro entonces, ni racionalismo exagerado; el mundo sabio debe darse cuenta de que para explicar los fenómenos de la naturaleza debe unificar los campos de la ciencia y de la filosofía. Para conseguir lo cual se habrá de observar el criterio de que así como es inconcebible que el científico haga incursiones en los campos de la filosofía ignorando los procederes de esta, de

igual manera el filósofo no pueda pontificar ni aventurar soluciones universales asesorado por la sola falible razón natural sin conocer el planteo y solución de los problemas en el terreno científico.

III

Incompleto sería nuestro modo de juzgar la obra de los sabios si no reconociéramos que existen leyes y armonías todavía más altas, cuya total amplitud y carácter absoluto se esfuerza por descubrir con su trabajo el pensamiento.

Gloria de Alberto Magno, Tomás de Aquino y otras grandes luminarias del saber, es haber hecho descansar la filosofía cristiana sobre bases francamente peripatéticas primero y haber sabido completar y unificar en una vigorosa síntesis luego, los materiales acumulados por las generaciones pasadas; gestación empero que habría sido, como decimos, incompleta si a todo ese inmenso material científico y filosófico heredado no lo hubieran depurado antes con la Revelación.

Si estos colosos del pensamiento universal fueron tales es porque su saber estuvo siempre por encima de su misma ciencia y filosofía humanas.

Porque si el hombre, porque inteligente, debe orientar sus acciones e intenciones hacia un fin anteriormente conocido, razón de su existencia, es necesario que, si ese fin es sobrenatural, la verdad revelada presida y preceda a la razón humana.

La diversa razón formal de lo cognoscible introducirá entonces la diversidad en el campo de las ciencias, y nada obstará, en consecuencia, que lo tratado por

las disciplinas científicas y filosóficas, según es cognoscible a la luz de la razón natural, sea a su vez estudiado por otra ciencia, cual la sacra, a la luz de la revelación divina.

Como las demás ciencias, la sagrada, no argumentará para probar sus principios propios, que son inconcusos: los artículos de la Fe. Partirá de ellos para llegar a otras verdades de su entender teológico, pero de un modo diferente a aquellas, por cuanto para la Teología sus principios derivan de la revelación y no de la razón, como en el saber humano. Porque "toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces" (Sant. I), y porque Dios ha hablado, se siente depositaria de la verdad y es dogmática en lo que Dios nos ha revelado.

Llega así, inesperadamente el sabio, después de muchos siglos, a ampliar la visión de sus conocimientos e iluminar su saber con la ciencia revelada, la que definitivamente servirá de trabazón a todo modo de ver y entender sobre las cosas. Bien dice S. Agustín que "así como la tierra y demás astros que carecen de luz propia no se pueden ver si no están iluminados por la luz del Sol, de la misma manera las verdades que se enseñan en las ciencias... no pueden ser cabalmente entendidas si a su vez no son iluminadas por el resplandor de la divinidad".

Las ciencias y la filosofía se constituirán entonces en subsidiarias de la Teología, es verdad, pero ésta no decapitará ni subestimaré las conquistas y resultados de aquellas privándolas de su independencia y nobleza, antes, por el contrario, haciendo uso frecuentemente de los resultados de las mismas (lo que sig-

nifica considerarias ya constituidas) recibirá un inapreciable servicio para llegar al mejor conocimiento de la Causa Primera, fin último del hombre y de la creación total.

IV

Esta nueva cosmovisión ajusta y completa los procedimientos de los investigadores, delimita los campos de incumbencia de las ciencias y proyecta una visión unificada del gran edificio del acontecer científico. Este quedará definitivamente estructurado si estudia de las cosas y los hombres sus causas próximas, las últimas y la Causa de las causas.

Permítasenos puntualizar entonces que:

1. Cada rama del saber tiene características propias; obra independientemente en sus procedimientos de investigación; un campo de nadie las separa entre sí y delimita; su comprensión y colaboración recíproca, no ignorándose mutuamente, las une y armoniza; todas, sin contradecirse, corren paralelas en busca de la misma verdad creada, para abrirse paso hacia el conocimiento cada vez más promisorio de la Increada.

2. Como intérpretes del libro de la naturaleza, los sabios no intentan sino develar los misterios de Dios y los misterios de las obras salidas de sus manos. Los misterios son eso, realidades tangibles o intangibles pero realidades al fin, cuyas esencias tratamos de ponernos en evidencia. Como tales, los misterios de las ciencias serán posibles de auscultar y conocer a la luz de la sola razón natural, mientras que los de la Fe nos serán siempre insondables, por cuanto siendo destellos de la luz infinita, desbordarán los

límites finitos y limitados de nuestro recipiente intelectual. Ello no obstante, tanto las ciencias de la materia y de la vida como las del espíritu, pivotarán sobre bases cuyos puntos de partida si bien realidades, ni en unas ni en otra, podrán reducirse a demostraciones aceptables. Sabiduría es alejarse de toda prevención y presunción personal y doblegarse con docilidad y humildad ante la verdad que nos hace libres. Dispuestos a aceptar 35 misterios como base de la Geometría, por citar los postulados del más conocido tratado elemental de las ciencias, nuestra suficiencia, a veces, nos veda aceptar media docena, en las extrapolaciones metafísicas, como con frecuencia denominan los tales a la Filosofía y a la Teología. Soy, por lo demás, un persuadido que ante el desenfoco general y sin salida en la interpretación fenomenológica de los hechos, más ganaría el científico no creyente en aceptar, aunque más no fuera que como hipótesis de trabajo, el "Dios existe", que ignorarlo. Como sacudida emocional, ante el vertiginoso cambio histórico de una cultura científica ya deshinchada, valdría la pena inventarlo!

3. Por ello y porque la luz de las realidades conocidas enceguece la contemplación directa de sus esencias, en estos prodromos y, aunque parezca paradójico, hasta en las cosas de Dios, las ciencias deben su progreso a la multitud de errores, teorías e hipótesis descartadas, corregidas o nuevamente elaboradas que le precedieron; tal parece ser la condición del espíritu humano; el que éste "esté condenado a no alcanzar la verdad sino después de haber sorteado un gran número de equivocaciones y de haber recorrido todo un laberinto de errores"

del espíritu humano; el que este "esté temas subsisten, y éstos porque perfectibles siguen perfeccionándose. Hipótesis y teorías en boga y aceptables hoy, serán ingenuos e infantiles procederes mañana. Escandalizarse de ello es propio de los pusilánimes, o de los desconocedores de la evolución que ha sufrido a través de los siglos el pensamiento científico mundial.

4. Porque "Dios entregó a los hombres el mundo para que fuera objeto de sus discusiones" (Eccl. III, 11), éstas se han multiplicado hasta el infinito, en forma tal que al contemplarlas parecería apoderarse de nuestro espíritu una impresión de desconcierto y angustia que llega hasta obnubilar nuestros conocimientos adquiridos más elementales. No debemos, sin embargo, olvidar que son inspiradas también las palabras del que hace decir a Dios que "ha puesto los cimientos del mundo como un sabio arquitecto" (1 Cor. III, 10). Ello nos habla de una visión coherente, armónica y unificada del ser y acontecer científico. Sea que el sabio se eleve de lo contingente y relativo a lo necesario y absoluto, o que proceda a contrario sensu, de lo universal a lo particular, como son los procederes de las ciencias del espíritu, siempre existe una exigencia anatómica del saber, y es que un soplo de unidad viva, anime sus conocimientos. De hecho es tal esta unidad arquitectónica del saber que no se puede admitir que las diversas disciplinas científicas padezcan, entre ellas, contradicción alguna. Todas, aunque auctadas desde facetas diferentes, estudian la misma realidad de la creación. No es entonces, una novedad pensar que, existiendo una jerarquía de valores que ha-

ce de las ciencias subsidiarias de la Filosofía y a esta con aquellas de la Teología (que no es precisamente, como a veces se cree, un sentimiento), un error científico provoque un error filosófico y éste un error teológico. No abrigue temor, sin embargo, el sabio creyente en el continuo progreso y adelanto de sus conquistas; su labor será fecunda, siempre y cuando no aventure dar por hechos definitivamente adquiridos lo que sólo son simples hipótesis y teorías más o menos aceptables en el terreno científico. Lo contrario sería entregar a la Filosofía, para una generalización ulterior, resultados viciados por la base. Mucho más alarmante serían para las subsiguientes consideraciones teológicas, si las llamadas conquistas, procedieran de soluciones precarias teóricas o hipotéticas de problemas relacionados con la vida.

5. De lo dicho anteriormente se deduce cuánta importancia juegue el proceder científico de todo investigador y pensador creyente en el templo del saber. Dijimos, al principio, que toda cuestión científica lleva en sí latente el germen de un problema filosófico cuando no de una definida posición religiosa. No está errado Planck en "*A dónde va la ciencia*", cuando ante una absurda posición científica nihilista que fustiga, asevera que no ha sido por el azar que los grandes sabios del mundo hayan sido siempre creyentes. Si no nos contamos entre los grandes, participamos sí de sus creencias, y ello nos lleva a pensar que somos resortes vitales de un equipo cuya misión es, en definitiva, la defensa de la Fe y de nuestras instituciones más sagradas. Defiende la Fe el teólogo, defiende la Fe el filósofo, pero no menos meritoriamente lo hace el

científico en la arena de las ciencias. Por la interconexión entre los diversos campos científicos de que hemos hablado, así como el filósofo debe vigilar y reexaminar los datos que desde diversos puntos de vista entrega al teólogo, otro tanto le cabe al científico cuando se suministran conclusiones para que opine el filósofo. Más aún, mayores riesgos corre el científico en su labor cotidiana, descontando los abrumadores económicos, por cuanto el verdadero calvario del creyente se esta decidiendo entre las ciencias profanas y las ciencias profanas profanadas por el positivismo materialista, el que despiadada y descaradamente enloda e infecciona todos los estratos de nuestros conocimientos.

V

En los días 9, 10 y 11 de setiembre de 1940 —20 años en la evolución del pensamiento científico universal no cuentan— se reunió en Nueva York un grupo de hombres que sin ninguna exageración pudieron considerarse como sabios de primer orden. Hablaron hombres de visiones tan distintas como Maritain y Einstein. Hablaron Católicos, Protestantes y Judíos. Hablaron Científicos, Filósofos y Teólogos. El mundo intelectual durante esos tres días precipitó una cristalización de su ser y su pensar. La mentalidad manifestada por la mayoría de los congresales indicó que el positivismo fue la filosofía en posesión. Afortunadamente hubo un sabio que se expresó con caridad. Este fue Adler, prof. de la Univ. de Chicago, quien no es precisamente católico. Dejo hablar a Adler: "*En lugar*

de un congreso acerca de la ciencia, la filosofía y la teología, lo que se necesita es un congreso acerca de los profesores de la ciencia, la filosofía y la teología. Los defectos de la cultura moderna son los defectos de sus directores intelectuales, sus profesores y sabios. El desorden de la cultura moderna es un desorden en sus almas, un desorden que se manifiesta en las universidades que han construido, en el sistema educacional que han formado, en la información que dan, y que por la enseñanza, se propaga de generación en generación. Es un poco ingenuo, entonces, suponer que los profesores pueden ser llamados para resolver el problema de las relaciones entre la ciencia, la filosofía y la teología en nuestra educación y en nuestra cultura; tan ingenuo como sería invitar a los profesores para formar parte de un congreso acerca de lo que está mal en los profesores... Los profesores no quieren reconocer la existencia de problemas precisos, con la verdad por un lado y el error por el otro; si existieran tales problemas, el que se preocupara de pensar acerca de ellos podría ser obligado a arriesgar su reputación académica por haber llegado a una conclusión definitiva. Además, a los profesores no les gusta encontrarse de acuerdo sustancialmente respecto a un problema álgido que afronta el congreso. Yo digo que la mayoría es positivista. El punto esencial de esa doctrina es una afirmación neta de la ciencia y una negación de la filosofía y la teología. Y repito mi acusación. Los profesores por lo general, son positivistas. Es más; yo digo que la amenaza más seria contra la sociedad civilizada es el positivismo de los profesores, que domina todas las fases de

la educación y es la corrupción central de la cultura moderna... Los que dicen que la filosofía es una especie peculiar del conocimiento sin ninguna superioridad sobre la ciencia, podrían mejor llamarla opinión y negar su existencia. Los que suponen que los principios filosóficos y sus conclusiones dependen de la ciencia exclusivamente; los que suponen que se necesita una competencia en cosas técnicas, pero ninguna en cosas filosóficas; los que piensan que la filosofía está constituida por varios sistemas lógicamente consistentes entre sí, entre los cuales uno puede elegir según su gusto de acuerdo a los postulados que más le convenga; los que dicen que la filosofía es excelente, pero que la metafísica es una necedad, y que no hay prueba racional de Dios: todos estos niegan la filosofía. Si los profesores fueran claros para pensar y francos para hablar, dirían sin evasión que miran la filosofía como una opinión arbitraria, pero no como un conocimiento válido. Pero, los profesores no tienen la costumbre de hacer afirmaciones sencillas y negaciones claras... Por otro lado, los que pretenden respetar el lugar distintivo de la teología en la cultura moderna, pero no quieren conceder que ella se basa en un conocimiento sobrenatural, o que es superior a la filosofía y la ciencia: o no saben lo que dicen o son culpables de una profunda hipocresía. La mera tolerancia de la teología, lo que implica una indiferencia o negación, produce una cultura laica lo mismo que el ateísmo militante o el comunismo nihilista". Y termina Adler: "Si yo me atreviera a levantar mi voz como lo hicieran los profetas de Israel antiguo, preguntaría si la tiranía del posi-

tivismo de hoy día no equivale a lo que fueron los reyes de Babilonia y Asiria, instrumentos de la justicia divina, para castigar a un pueblo que se había apartado de los caminos de la verdad. En la providencia inescrutable de Dios y según la naturaleza del hombre, una civilización puede a veces llegar a tal putrefacción que solamente un fuego puede purificarla y limpiarla. Por estos medios, como entendieron los profetas, Dios purificó su pueblo... Tal vez este amasijo sofocante de teorías materializantes en que vivimos está preparando la agonía por la cual nuestra cultura volverá a renacer. Seguramente, si es una parte del plan divino bendecir la cultura temporal de la humanidad con el don de la sabiduría, esta civilización tendrá que rectificarse. Tendremos que agradecer a Dios, que nos haya salvado no de la destrucción, sino de los malos profesores".

Y yo añadiría, que de los expertos científicos que nos mandan o nos traen del exterior para orientarnos o dirigirnos con absoluto desconocimiento del alma nacional. Adler no desconoce nuestra cultura moderna universitaria y ha tocado su lacra central. Parecería exhibirnos el reverdecimiento siempre renovado de una cultura malintencionadamente dirigida desde los tiempos de Voltaire: que desde el punto de vista científico sólo aquellas disciplinas de las que más directamente derivan el confort y el bienestar material constituyen el único rubro de progreso de la humanidad, o desde el filosófico, que las que tienen apariencias de verdad deben ser proscriptas hasta tanto salten a la vista sus errores, momento en que ya no se las permite descartar de nuestros programas de enseñanza. ◆